

Abrese el Bazar á las 8 mañana.
Ciérrase á las 19-60 noche.

AÑO XXIX

1.º

MIÉRCOLES

1892.—Se publica el primer número
de este periódico.

Para los forasteros. S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

— EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

Lo que yo compraria

Si yo estuviese ahora a la puerta del *Bazar Murciano*, entraría en él, pidiendo dos cosas que nos están haciendo mucha falta y de cuyos beneficios me enteré en un viejo libro: el frasco del licor de la prudencia y la vara que castiga sin herir.

¿Hubiera hallado esas dos cosas en el *Bazar Murciano*?

Os diré que el licor de la prudencia es agua de la fuente, y su provechoso secreto consiste en tomar un sorbo y guardarlo en la boca cuando la cólera nos invade y nos sentimos dispuestos a pronunciar palabras gordas. El agua las detiene, las refresca y las dignifica. La reflexión las sustituye por otras mejores.

La varita es necesaria para apaciguar al violento y domar al energúmeno. Nada tan útil como un palito a tiempo.

J. ORTEGA MUNILLA

Julio, 1920

¿TE ACUERDAS...?

A Ricardo Blázquez

De lo más alto de la montaña que audaz se enrisca junto a Navarra, un rapazuelo bajó afligido con las pupilas llenas de lágrimas. Era su pecho todo impaciencia, era su anhelo todo esperanza; era su orgullo luchar valiente, abrir un surco de vida honrada, y hacerse grande por el trabajo... ¡Grande es la cumbre de la montaña! Y el rapazuelo, duro en la brega, probó su temple, labró su casa; y, en una tierra donde las flores son un prodigio que asombra y pasma, sembró el ejemplo de su existencia con su paciente perseverancia, cosechó el fruto de su trabajo, y, en lo más bello de la jornada, —con el cariño que nunca muere por ser aliento que llena el alma—, pensó en la cumbre donde naciera, en la casita por siempre amada.

Tras luengos años de ausencia triste, lleno de gozo, cuajado en lágrimas, por los atajos de los pastores el peregrino, temblando, marcha... Hay en su pecho júbilo y pena ¡ya son recuerdos las esperanzas! Aquí la fuente... Cerca la ermita... y cerca y lejos la dulce infancia... Todo en la cumbre, todo en la cumbre que audaz se enrisca junto a Navarra.

Y, desde entonces, por el cariño que como faro le alumbró el alma, desde la altura, sueña en la huerta, y, si en la huerta gozoso vaga, vuela la alondra del pensamiento a lo más alto de la montaña!

M. R. BLANCO BELMONTE

La Virgen Dolorosa

I

Cisne de luz cuyas cerúleas galas marchitaron los cielos del Calvario, cuando al dulce Rabí, patibulario, us brazos fueron con temblor de alas,

Rendida ante el madero y las escalas es tu regazo virginal sagrario del cuerpo del divino visionario, cuyo dolor en tu suspiro exhalas.

Místico faro del celeste puerto, palma gentil del líbico desierto, pura corriente de aguas cristalinas,

El llanto de tus ojos maternales cicatriza las bárbaras señales del clavo, del lanzón y las espinas.

II

Ese dolor sublime que calcina tu corazón de Mater Dolorosa, macerando tu faz, cándida rosa del sagrado jardín de Palestina,

Fué en el suplicio de Jesús, neblina que un instante turbó su íe gloriosa, en la esponja de hiel, miel olorosa, y en la pálida frente, golondrina.

Ese dolor de madre desolada estremeció la entraña torturada, en holocausto del sicario impío.

Y en los labios del triste Nazareno puso aquel grito de amargura lleno: ¿Por qué me abandonaste, Padre mío?

III

El genio de Saleillo, soberano, en la forma ideal de una escultura, plasmó, gloriosamente, la amargura de la madre del buen samaritano.

Inmortaliza el escultor murciano la inmensa pena de la Virgen pura, en cuya frente divina, fulgura la Caridad del lábaro cristiano.

Creación maravillosa del artista, que absorbe la ilusión, pasma la vista, y conmueve el espíritu piadoso,

Cuando de aquella imagen sorprendente se vé rodar la lágrima caliente y se escucha el suspiro doloroso.

MIGUEL PELAYO

Cartagena.

El más bello Palacio

Como de un cuento de hadas yo sé de un bello Palacio, donde falta siempre espacio para las cosas soñadas.

En él un genio amontona y a los humanos ofrece, cuanto la mente apetece, cuanto el arte proporciona.

Allí, en el Palacio ideal, templo de la fantasía, todo el que entra se extasía y halla consuelo a su mal,

pues para matar ojos ahuyentando los pesares objetos hay a millares, paz del alma y de los ojos.

Allí airosas figulinas y personajes grotescos; allí, caprichos goyescos; cosas raras; cosas finas;

ánforas de Talavera, de plata y de vil metal; allí, juegos de cristal, de carton y de madera;

libros; joyas; peines; pipas; carteras y monederos; hierros labrados y aceros; timbres; lámparas; tulipas;

allí la peina española que la mantilla realza, y el abanico que ensalza las gracias de la manola;

sagradas tallas, que adoro, de los santos fiel reflejo, junto al biselado espejo con mareo de plata y oro;

allí, en fin, cuanto pudiera la más loca fantasía soñar, al punto hallaría quien para buscarlo fuera.

Del Palacio soberano, el genio, Blázquez se llama; y ya pregona la Fama excelsa, EL BAZAR MURCIANO.

Tengo en él, por ser poeta, libre el derecho de entrar... Quien lo quiera visitar que presente mi tarjeta.

RODOLFO DE SALAZAR

MADRID

¡NO MÁS CHATOS!

¡Lo que adelantan las ciencias! Anda por ahí un insigne doctor, que con un masaje —según la prensa nos dice— é inyectando cierto líquido, en pocos días consigue, al hombre más chato o romo, arreglarle las narices. Algunos que las tenían de formas inverosímiles, hoy lucen rostros hermosos y encantadores perfiles, y hasta un joven—que tenía la nariz como un boliche y era el espanto de todas las mujeres—ahora vive cautivando corazones... ¡Y ni una se le resiste! Sacar la punta a estas cosas, la verdad, es imposible, porque ya el doctor se encarga de sacarla en las narices que tirán a cebolleta, aunque parezca increíble. Yo, sin saber de masajes como ese doctor insigne, me ofrezco a dotar al chato más chato de los que existen, de una nariz primorosa, pues la cosa no es difícil. Y aquí, en EL BAZAR MURCIANO, que con acierto dirige Ricardo Blázquez y cuenta con los lectores a miles, anuncio mi nueva industria, sin masajes, ni elixires: «Que venga el chato que quiera tal defecto corregirse y verá como le dejo... ¡con un palmo de narices!»

José RODAO

Al margen del "BAZAR,"

En estos medios de Levante, tan secos y apasionados, toda nota fluida de sensibilidad, resulta, por fuerza del contraste, un oasis.

Un bazar moderno, con su perfumería, sus juguetes, sus bibelots, sus objetos de arte, es una necesidad social. To-

do ello tiene un sentido de civilización. Nos habla de higiene, de belleza, de sensualidad, de gracia, de ilusiones...

Es clásico un tipo de mujer española, sóbria y maternal, fecunda y desgreñada, que desdena, por pecaminosos, los afeites, los perfumes, la ropa ligera, sobria de adornos, elegante y grácil. No se asusten los moralistas a la antigua usanza, enemigos de los baños públicos y de las novelas francesas, no voy contra ellos; no los creo merecedores de mi beligerancia. Para su satisfacción les diré que soy un reaccionario en el problema del *maquillage*; que solo acepto un *maquillage* discreto y artístico, una especie de minimalismo, y que lo prefiero desde luego a aquella tradición, que ha hecho escuela en España, que supone a la ilustre Reina Católica afectando, de condición *sine die*, el acto trascendental y necesario de mudarse de ropa interior.

Todo esto es falta de sensibilidad; y nuestra falta de sensibilidad aparece con su máximo relieve cuando de los niños se trata. Veamos sucintamente la posible odisea sentimental de un niño español. En primer término sus padres, que tienen un sentido romano y absoluto de la función paterna, dirigen sus pasos iniciales en un plan afectivo que suele recordarnos el Código de justicia militar, tan conmovedoramente español.

Después va a la escuela, ¡a la escuela española!, que reglamentan desde el Ministerio de Instrucción pública, unos señores que aprendieron de viva voz, por procedimientos emorísticos y a fuerza de castigos corporales, lo poco que saben. El maestro, amargado por un esfuerzo económica y socialmente estéril, no puede inculcarles una sensibilidad.

Y luego, en la enseñanza superior, se les sigue perturbando la existencia, porque en vez de llenarles de sentido la vida y de hacer florecer en sus espíritus ideales nobles y elevados, se les colma la cabeza de cosas que exceden el volumen del cráneo.

Los juguetes, los jardines, los paseos, los deportes físicos, son una aspiración en España. País guerrero, primero, hoy país híbrido, mas admirable por la Naturaleza que por los hombres, ha faltado en él, en contra de su supuesta integración en la raza latina, una corriente de belleza, serena y clara, que llevar a las almas en formación, un poco de sensibilidad en los niños y para los niños.

En una cruzada por la alegría española, hasta ahora ausente de nuestra vida, serán estas cosas de ornato exteriores, agradables, plácidas, las que mejor nos sirvan para la propaganda.

Cuando todos los niños tengan juguetes y se bañen todos los ciudadanos y se perfumen todas las mujeres y se rieguen todas las calles y se pueblen de árboles todas las plazas y haya flores en todos los jardines... entonces y solo entonces podremos, con justicia, resucitar los hiperbólicos epítetos que los poetas han dedicado a nuestra ciudad, desde sus habitaciones particulares, a altas horas de la noche y con los balcones herméticamente cerrados...

MARIANO RUIZ-FUNES

El héroe del día

Tiene ya bien probada su fama de hombre acometedor y valiente el dueño del *Bazar Murciano*. Cada año se lanza con más bríos a la publicación de su periódico, pero como buen comerciante cuida antes de que estén repletos sus almacenes de lo más moderno, lo más ingenioso, y lo de más valor, que exista en los más acreditados bazares del país y del extranjero.

No quiere Ricardo, ya que su periódico ha alcanzado una circulación nunca soñada; ya que en todas partes es conocido el nombre de su *Bazar*, se de el caso de que llegue algún yanqui rumbo a su comercio y carezca de esos artículos que son patrimonio exclusivo de los espíritus más espléndidos.

En este sentido el dueño del *Bazar Murciano* tiene acreditado su valor; pero hay un hecho, que le constituye como el héroe del día: nos referimos a la publicación de su periódico.

Entenderse con la Papelera, en estos días de escasez de papel, es algo que supera las fuerzas humanas, y que solo consiguen los espíritus privilegiados; pues no basta el buen deseo ni el dinero para obtener unas resmas de este artículo. Es preciso andar a salto de mata y que algún santo de extraordinaria influencia se ponga al lado del editor.

Yo no sé cual será el santo de la devoción de Blázquez: Tornel, si mal no recuerdo, decía que era «San Bazar» y es probable que así sea; porque el caso es que solo con una protección decidida ha podido acometer este año la heroicidad de publicar este periódico y ampliar su circulación.

Sea enhorabuena.

NICOLÁS ORTEGA

TODO UN PROGRAMA

SONETO

Faltar puede a la vega su verdura
Bajo el cielo de azul inmaculado;
A la pomposa vid del emparrado;
Zumó al rojo del sol que la madura;
A las mansas corrientes del Segura
Rumor suave, curso acompasado,
Murmulo cadencioso y reposado,
Uniforme quietud, bella tersura...
Ronco el clarín pregona de la fama
Con recias estridencias peregrinas
Infiltradas del Orbe en el arcano
A sus sonos, que a Murcia, en su programa
No le falta en las fiestas septembrinas
Otra grandeza que el *Bazar Murciano*.

A. TERUEL.

Alicante, Agosto 920.

¡Vaya un sueñecito!

Como hoy estamos en ascuas
y con el alma en un hilo
por lo que cuenta la Prensa
de horrores sindicalísticos,
anoche soñé que habían
dado sendos estallidos
tres bombas descomunales
en el *Bazar Murciano*,
lanzando desde la tienda
sus numerosos artículos
a respetables distancias
y a muy diferentes sitios.
Seis frascos del afamado
Petróleo Gal, en un *brinco*
fueron a parar a casa
de Dato. (¡Qué buen servicio
le hicieron al presidente!)
Llegaron hasta el Casino
diversos *juegos*. Cayeron
(oh, movimiento impulsivo!)
nueve *carteras* en manos
de otros tantos distinguidos
liberales, que hoy darían
un ojo por ser ministros.
Once *boquillas* llegaron
a quienes no hallan pitillos
en parte alguna. *Perfumes*
de los de Gal, exquisitos,
fueron de un golpe a unos cuantos
mal olientes Municipios,
y un *azucarero* a casa
de Sánchez Toca (el «Chatillo»)
y *muñecas* y *relojes*
de *pulsera* a un sitio mismo.
Cayeron siete *cadena*s
en otros tantos presidios;
y ciento treinta *pastillas*
de *jabón Gal* (que es riquísimo)
fueron a parar al *water*
de Encarnación Sobaquillo,
que solamente se lava

los jueves y los domingos.
Saltaron diez *trompetillas*
a casa de un tal Acisclo,
que es sordo «de nacimiento»
desde que era pequeñoito.
Llegaron varias *tijeras*
a casa de las de Picio,
que lo estimaron, pues gozan
cortándole un sayo a Cristo;
un *tren* a casa de Ortaño;
Lámparas al domicilio
de Weyler, que sin reparo
las recibió, porque dijo
que lo que abunda no daña
en este mundo bendito;
rompecabezas a la
mansión de los fallecidos...
¡y el propio Ricardo Blázquez
a la mansión de los vivos!
Y cuando Blázquez volaba
por el espacio, hecho cisco,
yo desperté de mis sueños...
y me quedé tan tranquilo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

Al oído de una tobillera

(CON PERMISO DE ESCALANTE)

Entre los recuerdos que guardarás de tu juventud, encantadora María Luisa, ocupará un lugar preferente *El Bazar Murciano*. Cuando niña correteaste por las estanterías en busca de la muñeca que te habían de «poner los Reyes»; ahora ya de pollita *flirteas* a través del escaparate con ese otro muñeco que, quizá, luego a luego sea tu marido; cuando pasen muchos años entretendrás a Ricardo en el mostrador viendo abanicos, mientras alguna de tus chicas hace guiños desde la puerta al que ha de ser tu yerno. *El Bazar* de Blázquez es algo que vá unido a todas las épocas risueñas de tu vida.

Tomas aspecto de persona respetable cuando entras en el *Bazar* y Ricardo te estrecha ceremoniosamente la mano. Ya no te acuerdas cuando entrabas haciendo cabriolas y te encaramabas sobre sus hombros para alcanzar el juguete más bonito. Entonces el único que se ponía serio era tu papá, que tenía que pagar la cuenta.

Ricardo Blázquez, como los príncipes reales, tiene siempre guardia de honor. A cualquier hora del día ó de la noche verás en su puerta dos señores respetables que parece que están haciendo centinela. Si al pasar volvieras la cabeza verías como esos señores miraban el borde de tu falda corta y cambiaban un ligero comentario acerca de tus medias de seda. Son terribles esos investigadores del tobillismo. Tu prima Solita preguntó un día a Ricardo si los tenía allí de *espantaparroquianos*.

Tu hermano Manolo está empeñado en comprarle a Ricardo un balón de esos que llevan una silueta de Maura. Ya verás lo que ocurre: comenzará dándole puntapiés en casa, y terminará haciéndose joven maurista. Es condición de los hombres. Las ideas no son para ellos otra cosa que balones.

Frente a una artística Venus del Espejo te pasaste ayer tarde media hora en el *Bazar*. Mamá, que te oía decir, ¡qué bonita!, te llamó alarmada por si estabas deleitándote en la contemplación de la diosa. No sabía la pobre que te estabas mirando en el espejo.

¿Para qué te pones tan derecha y sacas tanto el busto cuando cruza ese cadete por la puerta del *Bazar*? No estás en la moda, María Luisa. El último grito es llevar muchas arrugas en la blusa.

Por el plagio
VERETER

Madrid-Agosto-1920.

La viajera que no ha de volver

Es Septiembre. Mis evocaciones son antiguas. (Parecen de ayer.)

Ha tres años que llevo el martirio de un amor que fué cierto, y no fué.

El destino, la vida... el acaso lo impidió tal vez.

La mañana era triste y lluviosa; en sus ojos llovía también...

y la ví, sin poder impedirlo, presurosa cruzar el andén.

Esperé con angustia infinita que marchara el tren.

Tremoló su pañuelo en el aire... a lo lejos perdióse después.

Sentí un sordo dolor en el pecho y las manos al rostro llevé...

En mis ojos, igual que en los suyos, llovía también.

Tú supiste que yo te quería pero ignoras que yo te adoré.

Hoy mi amor para tí es un recuerdo. Para mí es un martirio, y lo es

porque deja en mis horas de ensueño un poso de hiel.

Tu belleza de alma, ¡oh dulce consejera que incitas al bien!,

tu expresión femenina, ese rostro que es posible no lo vuelva a ver,

todo huyó de la forma que vino... Un viaje y un tren.

Mas quedó tu recuerdo en mi vida tan alegre y tan triste a la vez

que si río me sale al encuentro y si lloro me encuentra también.

Viene a mí en los hondos instantes del atardecer

cuando suena en las torres el Angelus; y evocando ilusiones de ayer

así digo:—¡Oh amada romántica que me diste esperanzas y fe

y has guiado mi ruta, como hizo la estrella en Belén!;

me mostraste floridos mañanas y yo siempre te bendeciré

aunque sabe mi alma que eres la viajera que no ha de volver.

ANDRÉS BOLARIN

Las flores del corazón

Así como del árbol van cesando al llegar el Otoño sus verdoros, así del corazón todas las flores que el amor puso en él, se van secando.

Arbol que deshojado va quedando, recobrará bien pronto sus primores... corazón que es un cáliz de dolores eternamente vivirá pensando.

Si el Invierno, del árbol, es mortaja, la Primavera le dará hermosura... ¡No encuentra el corazón igual ventaja...!

Pues si en él la esperanza quedó yerta, y en él tiene su eterna sepultura, ¿quién le dá vida a una esperanza muerta...?

CECILIO RECALDI

Cartagena.

TERNURA DE ANCIANO

Homenaje a un sacrificio

Es cierto que la juventud tiene por musa a la generosidad, pero es falso el supuesto de que la vejez tenga por consejero al egoísmo; bien que la primera sea un sol que marcha hacia el orto luminoso y la segunda uno que declina hacia la sombra, no obstante ser la juventud flor de esperanza y de ensueño y la ancianidad fruto de desengaño y desilusión, yo he tenido y tengo la suerte de conocer y tratar buen número de viejos, viejos gloriosos, que en el orden sentimental conservan sus corazones encendidos como ascuas, y en el ideal responden a todas las nobles vibraciones del espíritu. Y debe ser así ya que, lo que con los años, pierden los amores en vehemencia y en arrebató, lo ganan en dulzura e intensidad. El amor del padre se prolonga tierno y suave con suavidad de brisa que roza las hojas de la arboleda en el corazón del abuelo.

Conozco, años há un anciano tan venerable que, ante su presencia, pienso siempre que, aun proponiéndoselo, sería imposible

que pasara de incógnito la virtud por el mundo. Es rico, bastante rico, aunque no tanto como otros jóvenes o casi jóvenes que derrochan sus riquezas en lujos que insultan a los pobres, y en placeres que constituyen una injuria para tantos hermanos nuestros como sufren y lloran.

¿Cuál es la vida de este viejecito? Una que demuestra que es digno y honradísimo administrador de los bienes que Dios ha puesto en sus manos. Su preocupación constante es el niño, *res sacra puer*, que dijo el poeta. Parte considerable de las rentas de su caudal, a veces porciones del caudal mismo, las gasta en orfanatos y en escuelas. Y si al apuntar el invierno se acuerda de los infantes que carecen de abrigo, no bien se acerca el verano piensa en la infancia necesitada de aire y de sol y le facilita medios para que tonifique sus músculos y oxigene su sangre en las playas o en los campos. Propietario de buen número de fincas urbanas, encarga a su administrador que las arriende preferentemente a las familias que cuentan muchos niños, al revés de tantos caseros que por tener poco de cristianos y mucho de egoistas, tasan la paternidad y reservan sus más calurosos homenajes para los matrimonios estériles. Son los niños su amor y suman cientos los que sin saber quien se los envía, tal vez atribuyéndoselos a la longanimidad del Rey que, jinete en blanco caballo cruza las calles de las ciudades, pueblos y aldeas, la víspera de la Adoración, reciben la agradable sorpresa, siempre agradecida y jamás olvidada, de unos juguetes.

¿Por qué hace esto? Es una historia un poquitín triste, pero llena de ternura y de emoción. La cuna de este anciano fue sacudida violentamente, que no mecida, por los huracanes de la miseria, y en su infancia anduvo frecuentemente los caminos de la vida con los pies descalzos, el vestido roto y el estómago vacío. Y se paró muchas veces con otros chicuelos, pariguales a él, delante de los escaparates de las grandes tiendas al estilo del afamado *BAZAR MURCIANO* y sintió que le abrasaba el alma el anhelo de poseer aquellos caballos y toros de cartón, aquellos regimientos alineados en sus cajas más o menos lujosas de soldados de plomo, aquellos coches tirados por magníficos troncos o aquellos carritos vulgares y toscos, que pedían se les unciera un mal caballo; toda suerte, en fin, de juguetes de los que sirven para recrear e instruir, y son estímulo de las vocaciones y acicate de las aptitudes apenas acusadas en la niñez. Y sucedió que un día cayó enfermo y fue tomado de altísima fiebre, y en el delirio de ella pedía con ansia lo que él había visto, admirado y deseado en tantas ocasiones en los bazares de de juguetería. Oyéndolo se les partía a sus padres, en absoluto sin recursos, el corazón. ¿Qué harían? Era precisamente al anochecer del día anterior a la Adoración de los Reyes. Con llanto, más en el corazón que en los ojos, el padre abandonó la casa enclavada en el barrio extremo, dirigiéndose a las inmediaciones de uno de los bazares mas acreditados de Madrid, y deteniéndose sus pasos en sitio recatado por discreta penumbra. Había resuelto echarse en brazos de la Caridad; y al pronunciar, por vez primera tímida y torpemente, de modo que al salir de sus labios más que ruego y súplica parecían sollozo las palabras «una limosna por amor de Dios», un viejecito que las escuchara, se acercó a él diciéndole:—¿Qué os pasa, buen hombre? ¿Qué adversidad os azota? ¿Cuál pena os martiriza—Y luego de escuchar el relato añadió:—Sois un hombre honrado y un padre ejemplar. Podíais haber sentido en vuestro amargo trance la más cruel de las tentaciones: la de tomar por la fuerza ó por la astucia lo que vuestro enfermito os pedía, y la miseria os negaba. Habiéis preferido sacrificar vuestro orgullo y aun vuestra dignidad, de hombre, optando por la súplica humilde y cristiana. Llevad a vuestro hijo, con este dinero que os entrego, lo que está deseando. Cuando os acerqueis á su lecho su alma cándida se creará acariciada por un rayo de luz.

Aquel niño fué hombre, el hombre cruzó con ansias de trabajar, los mares, y recorrió gran parte de América, y después de treinta años, rico ya, y habiendo constituido una familia, regresó a España. Es el anciano de nuestra historia, que se prometió un día a si mismo, consagrar parte de su fortuna a la niñez, en homenaje al sacrificio que por él realizó su padre. ¡Por eso procura que su dinero llegue á las casas de los pobres y las alegre en sus pequeñuelos, a recibir presentes de juguetes confortándolos y alentándolos como si pasara por sus almas una brisa celeste!..

MIGUEL PEÑAFLOR.

LA MUÑECA

PARA «EL BAZAR MURCIANO»

—Mira, papá: Isabel es muy bonita...
—Como tú...
—Y el traje de seda me gusta mucho; pero yo quiero que juegue, que bese y que lllore... Yo quiero otra muñeca que lllore...
—¿Por qué?...
—Pues... porque si, para que lllore cuando la regañe, como yo... Es que Isabel parece tonta. Me enfado, y se calla; la regañó, y no llora... ¿Por qué no llora? Abrazó el papá a la niña, y besándola repetidamente, sin saber qué decir respondió:

—¿Qué se yo!
Isabel era una muñeca preciosa, con los ojos grandes y azules, muy azules, y los cabellos rubios, muy rubios, recogidos, cual haz de oro, por una diadema que irradiaba el iris del topacio, el zafiro y el rubí; tenía nombre de reina y de mujer bella, y, como las reinas y las hermosas, solía reír, cerrar los ojos coquetamente, y decir papá y mamá.

Pero era tonta; la niña estaba convencida de que era tonta.
Ella habíase empeñado en que dijera muchas cosas, que jugará a las madres y las hijas, que besara, cuando la besaba, y sobre todo, que llorara. Quería verla llorar.

Y tanto empeño puso en lograrlo, y tan terca se mostró la muñeca en no atenderla, que al fin, muy enfadada, la niña determinó contarle sus quejas a papá.

—¿Me comprarás otra muñeca?
—Sí...
—¿Que no sea orgullosa, y que lllore?
—Bueno, bueno...
—Porque las muñecas que no lloran es porque no sienten, ni tienen alma, ¿verdad?

—Sí, hija mía, sí...
—Y, como yo quiero que lllore, que sienta y que bese... Papá, ¿me la vas a comprar mañana?...

—Calló el papá, sin atreverse a prometer. ¡Es tan difícil hallar una muñeca que sea bonita y que sepa llorar, besar y querer!
—Sí, sí, tienes razón—respondió al fin; y acariciando a la pequeña, quedó pensando el buen papá: «¿Dónde encontraré yo esa muñeca?»...

ANTONIO ESCUDERO ALVAREZ

La casa de los Perfumes

MONÓLOGO QUE UNA MUJER HERMOSA DEDICÓ A LA CASA GAL

Mi espíritu un poco inquieto de mujer enamorada, romántica algunas veces y algunas veces prosaica, pues quizá en estos contrastes tomé su temple mi alma, se extasía y se embelesa al pensar en esta casa; la casa de la ilusión, del Amor y de la gracia, sagrario de la belleza y templo de la esperanza.

Acaso de tus perfumes en las suaves fragancias, como un misterio, escondida mi felicidad estaba y al encanto delicioso de tus drogas aromáticas nació un amor que es mi vida, que es la cuna de mis ansias, la luz de mis ideales y el consuelo de mis lágrimas, porque fueron tus perfumes, sobre mi carne abrasada, incentivo que al amado arrodilló ante mis plantas pidiendo amor... Y a raudales se lo dieron mis palabras.

Aquel amor también era una esencia intensa y rara que entraba por los sentidos y perfumaba las almas...

Casa GAL, casa de oro, manantial de ricas aguas, casa que emana poesía y que el trabajo consagra; Tú infiltras en tus perfumes afanes, sueños, nostalgias e ilusiones infinitas, alguna vez realizadas.

Tus aromas exquisitos sobre nuestra carne blanca son del amor y el deseo

a la vez efecto y causa; por ellos nuestra belleza trasciende, triunfa y encanta y a la vez pone en nosotros un afán que no se acaba de amar mucho, de amar tanto que nuestra vida se vaya extinguiendo suavemente junto al hombre que nos ama como una gota de esencia que seduce y embriaga.

Que si la vida es un soplo de ilusión y de esperanza, yo quiero hacer que la mía en el Amor se deshaga como una irisada pompa de Jabón de Heno de Pravia.

ENRIQUE SORIANO

UN GRITO SALVAJE

—A Ricardo Blázquez

Como en su gran Bazar quiso V. siempre mostrar lo nuevo al caprichoso público, habrá ya recibido las muñecas que traerán de la moda el grito último.

Sigue lo deshonesto en los descotes, la falda apenas si traspasa el muslo, y transparentan vaporosas telas lo poco o nada que quedaba oculto.

Faltaba adicionar lo extravagante a lo raro, a lo féo y a lo impúdico, y su tez martiriza la morena, igual que la que peña pelo rubio.

Con tintura de yodo se la pintan, y un tono toma así, cobrizo obscuro, como el de las señoras *pieles-rojas* que andan en cueros por el bosque inculto.

Por si era poco, de saber acabo que, por acentuar el aire hombruno, se dejan corto el pelo hasta los hombros, como iban los poetas melencólicos.

Bien mirado, el cabello es un estorbo para el deporte del *ful bol* tan rudo, ¿ni a qué fin, sin pudor, tender su velo sobre el casto atractivo del desnudo?

—¿Qué queda, pues, de la mujer?—La tocada ya del bolchevismo ruso, (hembra, que a la selva camina; la bacante que en los brazos caerá del fauno hirsuto...

Vd. tendrá, tocayo, en sus *alzados* muñecas viejas del antiguo cuño, vestidas hasta abajo y hasta arriba, con la color que a Dios darles le plugo;

Con sus trenzas doradas ó de endrina acariciando el recatado busto, y con sus ojos que el rubor cerraba, por su belleza al recibir tributo.

¡A Báuena con ellas! Que las guarde en su Museo, en el osario agosto de todas las grandezas ya pasadas, entre las diosas de olvidados cultos.

Y así sabrán los hombres de mañana, al no hallar en la *hembra* hechizo alguno, como eran las *mujeres* adorables, cuando había mujeres en el mundo.

R. SANCHEZ MADRIGAL

La de los ojos negros

Rendidamente, con el alma entera, con todos los ardores de mi pecho, me enamoré de una muñeca un día...

Eran sus ojos tentadores, negros; apasionados ojos que encerraban del africano sol el vivo fuego.

La faz de mi muñeca era morena, hermosa y esplendente como un cielo, y eran hebras del manto de la noche la seda virginal de sus cabellos.

¡Para hechizo total, Grecia su arte dejó en las puras líneas de su cuerpo!

Entregado vivía a la ventura, gloriosamente en el Encanto preso. No tuve envidia a nadie; ¡ni a los reyes! ¡yo era rey del Amor en el imperio!

Pero quiso el Destino romper de mi vivir el embeleso, tornando mi alegría en amargura, para todo querer dejando muerto mi corazón humilde que si de algo poco fué de sincero.

—Mi espléndida muñeca, la viva muñequita de ojos negros, una mañana azul de Primavera, con alas de jazmín voló a lo etéreo.

Del cáliz del Dolor libé las hieles; roto cayó de mi ilusión el sueño, como cae una rosa, destrozada por la traidora mano de los vientos.

Pasaron días, años... Una tarde,

de imborrable recuerdo, del gran *Bazar Murciano* me detuve ante un escaparate augusto, régio: había una muñeca primorosa, de aquella que se fué, feliz reflejo: cabellera de sombra, tez morena y los ojos de abismo, ¡como aquellos! ¡Sentí mi alma despertar gozosa como al halago seductor de un beso! La muñeca compré. Ricardo Blázquez puso en mis manos el preciado objeto, dibujando su boca una sonrisa, (mi hondo placer, sin duda, comprendiendo.)

Ya, desde aquella tarde, mi pobre corazón vive contento. Todas las noches, antes de acostarme, la muñeca acaricio con mis besos y me miro en sus ojos, extasiado, y con la seda de sus rizos juego... ¡Cómo recuerda esta muñeca linda aquella que adoré con embeleso! ¡Oh, gran *Bazar Murciano*: tú supiste mitigar la crueldad de mi tormento!...

LEOPOLDO AYUSO

Agosto, 920.

La apertura del Bazar

—*—*—*—
Apoyado en su perilla don Francisco de Quevedo, chupa que te chupa el dedo, cantaba una seguidilla,

Mientras que *Mari-Castaña* bailaba el tango argentino juntamente con *Calvino*, en la Venta de Eritaña.

Quizás por esta razón *Tito Livio* y su parienta dedicáronse a la venta de pucheros de Alcorcón.

Y es posible que, a su vez, *Sancho* y la *papisa Juana* la batuda americana a hacer fuesen a Jerez.

Lo cierto es que don *Quijote*, según refiere la historia, le tiró una zanahoria al cuello de *Bernardote*,

Quien, voces dando al momento, venir hizo a *Pepe-Hillo* comiendo ungento amarillo, que es excelente alimento.

¡Esto más! diz *Catilina* que al infeliz *Maquiavelo* daba tirones del pelo al volver de cierta esquina,

En tanto que *Salomón* y la bella *Dulcinea*, dentro de la chimenea bailaban un rigodón,

Y el simpático *Caifás* invitaba a la *Mascotta* a jugar a la pelota, y al moscardón, además.

David al presenciar esto tras *Guzmán el Bueno* fué, *Cicerón* de ello dió fé, *Sócrates* lanzó un denuesto,

Pilatos se puso a orar, *doña Urraca* a sonreír, *don Juan Tenorio* a vestir, *Hernán Cortés* a llorar,

Lutero a liar un pitillo, *Catón* a tomar rapé, *Scipión*, no sé por qué, a llamar al *Nuncio*, pillo;

Y a rascar a *Tertuliano* *Guillermo Tell* comenzó en el instante que abrió BLÁZQUEZ, EL BAZAR MURCIANO.

JULIO HERNANDEZ

Carta entreabierta

Al ciudadano Nerón, orador comunista y huertano

POR EL PEATÓN DE LA ÑORA

Nerón amigo: ¿Qué predicaciones son esas? ¿Adónde vamos a parar? ¿Conque la tierra es de los que la trabajan? ¿Los frutos son de los que trabajan la tierra? ¿Los arbustos, los arboles, las cosechas, las estrallas y el cielo, son de los que trabajan la tierra. ¿Y qué hacemos con los que no trabajan la tierra? ¿Les compramos taparrabos...? ¡Ah, caro ciudadano! ¿Qué tiempos se avicinan? Todos tus discursos, *perolatas* y elucubraciones van a parar a lo mismo... ¿Te acuerdas del último mitin, al pié de la rueda de La Ñora? «Es

preciso—decías con los brazos en alto y la cillita pegada al labio—es preciso renegar de la tradición; hay que ser hombres antes que huertanos... Es preciso decir ¡adiós! para siempre a zarzúeles y monteras, a fajas y calcetas... Esas son monsergas que debeis enterrar en la misma fosa de las Parrandas, los Cantos de la Trilla y de la Hoja, el Rosario de la Aurora... ¡Basta ya de poéticas pamplinas, muy celebradas por vuestros verdugos! Lo mismo digo a vuestras mujeres y a vuestras hijas... ¡Dejaos ya de huertanicas candidas, de ingenuas refajonas, de moños de picaporte, de cordones de San Blas y de escapularios del Carmen...! Abajo tales ñoñerías... ¿No veis, huertanos ciegos, las señales de los tiempos? ¿No oís los aires de fronda que pasan silbando por los cañares...?»

Y así seguías vociferando, en ese tono, ciudadano Nerón... sin advertir ¡ay, infelice! los frutos de ponzoña que empiezan a brotar.

¿No ves, caro Nerón, que los huertanos van ganando en vicios y en lujo, lo que pierden en fé y en esperanzas? Ellos aceptan el progreso de los tiempos siempre que estribe en fumar puros ensortijados; en trocar el varonil Jumilla por el burbujeo afeinado del Champagne y... no exagero. ¡se dan casos! en hollar, raudos, con el pestifero auto, carreteras y caminos vecinales...

¿Y ellas, elocuente Nerón, y ellas...? ¿Que impetuoso huracán ha trcado las tímidas Fuensanticas en hembras caras y lujosas? ¿Quién dirá que habian de hollar la tierra removida de los bancales con tacones Luis XV? ¿Quién, que habian de usar coquetones reiojitos en las muñecas? ¿Quién, que habian de entrar al baño con gorritos de goma?

¡Esa es tu obra y la de los tuyos, ciudadano amigo...! Ya sé yo, de antiguo, que los idearios se renuevan, como se renuevan los trajes y las costumbres... Pero ¿no adviertes como aturde las cabezas el veneno letal de tus elucubraciones? ¡Ay! Siguiendo la vertiginosa y fatal pendiente, pronto renegarán los huertanos hasta de ser Nazarenos, y tal vez llegue un día ¡no lo permita Dios! en que los veamos regar los pimientos con pantalón Charlot, *camisá-sport*, de cuello vuelto y americana de travilla...

¿No creés tú, ilustre Nerón, que hay otros problemas y otras cosas muy interesantes qua han escapado hasta ahora a tu perspicacia psicológica? ¿Por qué en tus predicaciones has de poner siempre el mismo disco? ¿Creés tú, de buena fé, que en este bajo mundo estriba todo en comer, y comer y volver a comer...?

¿Y la educación del corazón? ¿Y la delicadeza? ¿Y el amor? ¿Por qué no les enseñás, a tus crédulos oyentes, la inmensa distancia que media entre un suspiro y un eructo...? ¿Me entiendes, eh...? ¡Ah, ciudadano, ciudadano...!

Te brindo una ideica... ¿La aceptas? Verás... Los niños huertanos suelen, en su mayoría, no tener juguetes.

Yo he visto a muchos de esos niños jugar, a la puerta de sus viviendas, con un cañuto de caña repleto de abejorros o con un gorrión aprisionado por una patita con un hilo bramante...

Y, ¿sabes tú, querido Nerón, qué mundo de emociones despierta en un niño la posesión de un juguete? ¿Sabes cómo sacude sus nacieses instintos, como aguzar su sensibilidad, como aviva sus sentidos? Un niño sin juguetes es un Abril sin flores... ¿Qué de risas, de balbuceos, de miradas radiosas...! Una muñeca para una niña es el consuelo de sus lágrimas, su amiga, su hermana, su hijita... Le canta, la arrulla, la besa, la duerme, la peina... ¡divino feminismo! ¡enseña a vigilar una cuna...

Y bien, hasta esos pequeñuelos huertanos, es muy raro que llegue ese santo alborozo, esa gracia bendita del juguete... ¿Por qué amigo Nerón, no has de poner tus más ardientes párrafos al servicio de esa causa? No han de ser todos los dorados progresos para los grandes... ¡que soplen también ráfagas de ilusión para la infancia!

¿Por qué no emprendes una cruzada tenaz, que remedie tamaña injusticia?

¿Creés tú la empresa inabordable? ¡Más difícil parece ser comunicarse con Marte, y no hemos perdido la esperanza! Vengan acá los huertanos, con toda su pregenia... Los días son propicios, y Blázquez, nuestro incomparable Blázquez, hospitalario y sonriente, les espera detrás del mostrador con los brazos abiertos y la palabra de paz en los labios.

ENRIQUE MARTI,

Un par de cigarreras

Mi amigo D. Telesforo, aunque ya va sintiendo caer sobre su cabeza la nieve de los años, ese *polvo del camino de la vida*, como la llamó el poeta mejicano, no cede en su afición a las mujeres.

En viendo una cara bonita, o una cintura esbelta, ya es hombre al agua. Para él no existen categorías y como el protagonista de la popular y fantástica obra de Zorrilla,

ha recorrido su amor
toda la escala social,

y aunque no ha tenido ocasión de hallar *ni a la Princesa Real, ni a la que pesca en ruin barca*, lo mismo ha sentido un amor profundo, aunque nada duradero, por cualquier aristocrática dama, que por alguna fregatriz, orgullo del servicio doméstico.

Aunque ejerce la carrera de abogado, rara vez le oireis hablar de causas criminales, ni de pleitos, ni de Justiniano, ni de Alfonso el Sabio, pero en cambio os dirá donde vive la rubia más bonita del barrio, o si en el Hotel Victoria hay una francesa espiritual, o si por las noches asiste al Parque una morena dislocante. Lleva la estadística de las chicas casaderas, de los noviazgos que se inician, de los que acaban y sobre todo, de los divorcios que se inician en el Provisorato.

No hay mujer que no lo conozca, aunque entre ellas tiene mala fama, pues se le considera un solterón invencible, que no se rendirá nunca al yugo del matrimonio, a pesar de los alardes que llama propósitos, de formar un nido y conseguir una compañera sencilla, amable y merecedora de ser su esposa.

Hace pocas noches entró en el café Inglés. Sus pequeños ojos verdes rebosaban satisfacción. Algo bueno debía haberle ocurrido. Tenía la cara del hombre feliz. Desde luego imaginé que había mujer por medio.

—¿Qué te pasa, chico?—le pregunté.

—Espera que descansen unos momentos y te contaré.

—No tardes, que estoy impaciente.

—Soy dichoso, muy dichoso. Tengo una nueva novia.

—Vamos, la número 230.

—Esta será la última. No puedes imaginarte lo que vale. Es un tesoro.

—Un tesoro escondido.

—Pero que yo he tenido la fortuna de descubrir.

—Te felicito... pero ¿quién es ella?

—Es de clase humilde, eso sí, pero bonita como un sol, con unos ojos negros, que si se acercan a un polvorín lo incendian, una boquita provocativa que es un encanto, una tez hecha de rosas y de nieve, unos cabellos de seda, un cuerpo que ni labrado a torno...

—¡Bien! ¡Bien! No te entusiasmes tanto y dí ¿quién es ella?

—No la conoces, es una cigarrera divina.

—¿Cigarrera?

—Sí; trabajaba en la fábrica de Tabacos de Sevilla y ha venido a Málaga a ver a un hermano, pero a pesar de eso es una muchacha instruida, religiosa, modesta... Hará una esposa incomparable. Ahora sí que me decido.

Llegó en esto un amigo de esos gorrones, que acuden a las mesas de los cafés para que los conviden, pues aunque a la hora de pagar sacan el portamonedas nunca lo abren y se limitan a decir:

—¡Otra vez será!

Aunque esa vez no llega jamás.

Nuestra conversación quedó interrumpida.

II

Al día siguiente tomé el tren para realizar mi excursión veraniega. Fui a Valencia, Murcia y Alicante, regresando un mes después.

Aquella misma noche encontré a Telesforo.

—¿Cómo anda esa novia? ¿Te pasó ya el arrechucho?

—¡Quí! Estoy más enamorado que

cuando te fuiste. Mi cigarrera no tiene rival.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

Puse la cara muy seria y, descansando mi mano sobre su hombro, le dije:

—Vamos a ver, ¿qué me contestarías, si yo también me hubiera enamorado de una cigarrera que vale más que la tuya?

—Diría que es imposible.

—Debo añadirte que la he traído conmigo.

—¿Cómo? Tú... tú... un hombre casado, que la echa de formal, que predica buenas costumbres y que es Vocal de la Junta de Trata de blancas...

—Ahí verás.

—¿Y es bonita?

—Preciosa.

—¿Elegante?

—Ya lo creo.

—Pues hijo me dejas confuso. ¿Dónde vive? Quisiera verla.

—Tendrás ese gusto. Pero no te enamores de ella, porque será inútil.

—¿Dudas de mi amistad? Además, a mi me basta con mi cigarrera.

—Ya envidiarás la mía, en cuanto la conozcas.

Sin perder minuto eché mano al bolsillo y saqué una magnífica cigarrera que adquirí en el Bazar Murciano, gracias a la amabilidad del amigo Ricardo Blázquez.

Telesforo no pudo menos que soltar la carcajada, después miró y miró aquel objeto, con mirada codiciosa y acabó por exclamar:

—Amigo, aunque no la cambio por mi cigarrera, porque aquella es de carne, hueso y piel y esta solo de piel, te confieso que no vi otra de su clase ni más elegante, ni más bonita. Mañana mismo escribo al Bazar Murciano, pidiendo otra igual.

Una semana más tarde Telesforo alardeaba de tener las dos cigarreras más bonitas que había en la tierra de las pasas y los boquerones.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

MI DEBUT

Por la mano conducido

de poeta veterano

me encontraré frente a frente

del señor Blázquez (Ricardo).

—¿Qué quiere usted?—me dirá

el comerciante simpático,

dueño del *Bazar más chic*

que hay en el globo terráqueo.

Y yo, entonces, balbuciente,

moviendo apenas los labios,

le diré de esta manera,

si no me azoro en el acto:

—Quiero en el mes de Septiembre,

conseguir ver publicado

del *Bazar* en las columnas

este modesto trabajo.—

Y así diciendo, pondré

una cuartilla en su mano.

El, al verla, exclamará:

—¡Poco es esto, voto al chapiro!—

Y yo, dándole las gracias,

responderé:—Don Ricardo:

de lo bueno, mucho, es poco;

mucho es poco de lo malo;

para *Mi debut* ya basta

con esto, y hasta otro año.

EZQUEL ORTEGA.

Momentos del Bazar

Obsequio de novios

¡Oh, la inquieta ilusión adolescente con que busca el galán ávidamente entre los ricos fondos del Bazar, con el primer dinero que guardaba el presente primero que soñaba a su adorada cándida ofrendar:

el fino esenciero,

el pulcro joyero,

el frágil collar...!

Regalo de bodas

Yo ví junto al mostrador

furtivo llanto de dama

mientras elige y reclama

lo mejor de lo mejor;

y ante la boda filial,

pensando en los días viejos,

redivive en los espejos

su dulce luna nupcial.

Juguete de Reyes

El niño está enfermito y arrebujaado en la noche estrellada de Enero helado. Mientras el febril sueño la madre vela entristecido el padre al Bazar vuela; en esta maga Jauja sus brazos carga con más fé que si compra pócima amarga que la salud del hijo volver promete. ¡Qué de cosas bonitas, cuánto juguete! —Parece más tranquilo: cierra la puerta...; ¡Oh, qué gozo mañana... ¡si se despierta!

ANDRÉS SOBEJANO.

MI EQUIPAJE

Tomé el acuerdo de marcharme a Murcia y dije a la Tiburcia, que es mi bestia criada respondona: —Prepara el equipaje; no dejes de poner mi mejor traje y cuanto pertenece a mi persona.— Hízolo así, y el día en que tenía que emprender el viaje,

encontré preparado un informe montón de cosas varias, todas para mi viaje innecesarias.

Quedé maravillado

con lo que allí veía:

una enorme y profunda bañadera,

una percha, una linda palmatoria

sin faltar su bujía,

el tintero con tinta, la escalera

ó escabel de mi pobre librería

y otras cosas, en fin, que mi memoria

recordar no podría.

—Mujer; ¡qué atrocidad! ¿Para qué es esto?

pregunté con un gesto

mezcla de horror, curiosidad y asombro.—

Mas miróme por cima de su hombro

y dijo la Tiburcia:

—Esto es señor, *pa* que lo lleve a Murcia

pues todo pertenece a su persona.

—Pero ¿no ves, tontona,

que en el viaje todo eso no precisa?

Más bien sirve de estorbo—

y ella me replicó, entre sorbo y sorbo

de su chata nariz, sin darse prisa:

—*Pus* ya lo tiene *usté pa* lo que ocurra

—Mujer, no seas burra;

pon camisas, pañuelos, calzoncillos,

paños, cuellos, corbatas, calcetines,

mis zapatos, mis botas y botines

y la petaca llena de pitillos,

que todo lo demás no suelo usarlo,

ó podría también proporcionarlo

el establecimiento

Bazar Murciano, lo mejor de Murcia.—

Se me plantó delante la Tiburcia y

objetó con grandísimo talento:

—*Pus* entonces tampoco son precisas

ni corbatas, ni botas, ni camisas,

ni paños, calcetines, calzoncillos,

ni petaca tampoco, ni maleta.

—Llévese solamente los pitillos

y vaya como Adán con una parra

cuando en el tren se meta

porque así irá mejor y tan campante.

—Es verdad—contesté—no seas guarra

que tienes una lógica aplastante.

MANUEL LASSA

CARTA ABIERTA

Señor don Ricardo Blázquez:

En una casita blanca del pueblo de los Barreros he recibido su carta. Sepa usted, Ricardo amigo, que mi musa chabacana huyó en busca de otros aires, de otros gozos, de otras ansias, y he sabido por noticias fidedignas, que se baña con nereidas bulliciosas en las espléndidas playas... No cuente, pues, con mis versos, porque en esta tierra cálida estoy con los nuevos ricos Valls, Vidal, Castillo y Davia, y no podemos perder el tiempo «que pasa y pasa» en componer poesías, porque no hay musa, ni hay nada. Aquí hablamos ya de cheques, de transferencias, de bancas, y sólo un pintor insigne, Barceló, me habla del alma.

Y no quiero terminar sin ponerle esta posdata: como todos los citados ya vamos teniendo calva, mándenos Petróleo GAL, que nos hace mucha falta. Si hay en su BAZAR MURCIANO algún producto o substancia que sirva para matar las moscas, mande sin tasa

paquetes, docenas, gruesas, arrobas y toneladas.

JESÚS CARRILLO DEL VALLE
Los Barreros, Agosto de 1920.

Plática panocha

M' ha dicho er compáre Blázquez que esperfolle una monserga pa publicalla en er diario que encarrucha toas las ferias con er mesmo retuliquio que hay encima de su puerta y se esfisa dende lenjos apegao con gacheta.

Y yo, que guardo en mi pecho toa la trulutria y la esa que la esperencia der mundo dá ar celebró e la caeza, voy a espacharme a mi busto dende er púrpitro, a la enza de iceros cuatro verdaes pa que us sirvan de alvirtencias, y pa estruir el pantasma de la inorancia preversa

Cabayeros: Er Demonio anda suerto por la Tierra previrtiéndor corazones y enrunando las concencias; y haciendo una estrá de males, trimultos, fares y guerras, c' arcabo d' angunos años, si er negocio no s'arregla, va a paecer er mapi-mundis un nio de moscasetas; y sá meter qu'er Pae Eterno, en pago de las trigedias que premovieron los hombres con la trifulca uropea, no nus convierta en estáutas ni nos tuerza las cosechas, nos arrobiné er busano y nos pioje las moreras.

Los zagales están monas con los papeles que mercan, y se van cá Faco er Charpa a jubarse toas las perras y a hablar de los brichuberquis, que, según la explicaera que dá er Visnagas, son rusios que quien que no háiga iferencia entre er que esflusa er cóigo y er que trebaja la tierra.

Y como es esta la máere der cordero pa mi cuenta, quió esperfoliar un estrímbulis a mi moa y mi manera sin descursos ni retólicas, y hablando en plata ¡que leñal!

Dicir que entre las presonas no hay denguna diferencia y que toas son lo mesmo, son farfullas y pamemas de las que ya no hacen caso los zagaliqueros de teta; pos cuarquiera s'aprecibe de que er tio Faco Carcetas no tié la mesma surtancia en er jubo e la sesera, que er que suerta perolatas en er Congreso u l'Audencia, escarcuña en los papeles y vá a un entierro e chistera.

¿Quién decirme, cabayeros, si no es hasta una blafemía pensar que Anton Cerrajones pué ser Melistro e la Guerra? Pos lo mesmo iria er negocio si a las presonas de lletras las trujeran ar partio pa er trabajo de la tierra: no sabrían mesmamente ni cojer la regaera; cuanti menos tos los cudios pa que el haba no se tuerza, ni s'enroñen los tomates ni echen sémola las brevas.

Y es que tó está engarberao por er morde de las céulas que drento de los celebros ha descubrio la cencia; y er que nace con er jubo de melistro en la caeza, tié q'allegar a su puesto porque tié surtancia gtena; pero er probe que la tiene arrobiná y casi seca, pos ese espicaza tormos dista q'espiche u lo priendan.

Conque dejarus de andróminas de si Rusia o Ingalaterra, y ejar que los brichuberquis s'apañen como apetejan, q'ar fin y a la preparfia no hay ná como una probeza cuando la vertú la engiervie y la honra vá con ella.

Er Perráneo de Zaraiche.
Por la copia,
F. FRUTOS RODRIGUEZ

IMP. DE «EL TIEMPO»—MURCIA.